

El campo blanco, el movimiento pequeño del mundo

Brenda Ríos

*Conforme una plata de alegette, cuando se muda,
necesita traer consigo una cantidad de la tierra propia
en las raíces, como protesta.*
JOÃO GUIMÃRAES ROSA

EN 1956 SE PUBLICAN EN BRASIL DOS LIBROS fundacionales, pero que por contextos tanto de lengua y territorio, como del sistema editorial, no han merecido la importancia debida, la justa lectura, pero eso también es parte de la historia de la literatura: *Grande Sertão: Veredas* (*Gran Sertón: Veredas*) y *Corpo de Baile: Noites do Sertão* (*Cuerpo de baile: Noches del sertón*), compuesto por dos novelas cortas: *Dan-Lalalán (el elegido)* y *Palmera*. La primera se traduciría al español en 1975 y la segunda en 1982. *Gran Sertón: Veredas* está considerada una de las novelas más importantes de la narrativa universal. Aun si fue publicada dentro del contexto del *boom* latinoamericano su vigencia corresponde no a términos de identidad o de defensa regionalista, sino a su innovación semántica, a su intrincado lenguaje poético, complejo, a la profundidad y riqueza de sus personajes; y sobre todo, a la profunda reflexión sobre los temas humanos: Dios, el Diablo, el amor, la imposibilidad del deseo, la pertenencia e identidad, la posibilidad de la expresión, el bien y el mal. La visión de Guimarães será llevar el lugar más recóndito de un país enorme al centro de la discusión literaria, artística, poética, de las corrientes estéticas.

João Guimarães Rosa es un autor muerto de nostalgia. Su obra es un eterno regreso al territorio físico que tenía en la memoria: el interior de las regiones vastas del sertón que conoció como médico rural. Ya convertido en diplomático, haría un viaje de vuelta al campo, ahí tomaría notas infinitas que serían alimento para su trabajo. Ese era su modo de regresar: describir, examinar, analizar con un lente todo eso que dejó, vio, escuchó, sospechó. La escritura fue el trozo de tierra que le ayudó a adaptarse en su mudanza, como esa planta que dice

que protesta pero que lleva parte de su hábitat de recuerdo y de ayuda misma para soportar lo externo, lo de fuera, lo desconocido.

Noches de Sertón está compuesto principalmente por personajes dedicados a la hacienda, al campo, a la cría de ganado. Es un largo poema narrado al paisaje: un documental con voz en *off* y diálogos. La observación del autor es naturalista, científica, dotada de una belleza que corresponde a un tiempo largo, lento, que logra captar la esencia, el gesto, la persona congelada en su abstracción: “Dalberto no tenía Malicia, ni hambre de todo —de conocer por dentro—, hambre de toda la miga, del bagazo, de la última gota de caldo”.

En la primera novela del libro *Dan-Lalalán (El elegido)*, sucede una historia de origen rural, que mezcla leyenda oral, enciclopedia naturalista, descripción meticulosa de los ambientes de los campos perdidos, y un héroe en crisis. Un hombre que recomenzó una vida con su esposa, quien había sido prostituta. Ambos vivían ahora una vida simple, y, como en toda novela amorosa, algo interrumpe la calma. Los celos dominarán la escena. Soropita había encontrado la calma, el amor correspondido, la vida doméstica y el labor del campo. Es un hombre que se respeta alrededor, su palabra vale. Había sido un yagunzo, un pistolero a sueldo, había matado a algunos. Pero, en el tiempo narrado, en el presente de la novela, él ha estado cuarenta días fuera, arreando el ganado y por fin vuelve a casa, donde lo espera Doralda, perfecta de perfección entera. Poco antes de llegar, se encuentra a un amigo de su pasado, años sin verlo, buen hombre, buen compañero pero ay, la duda del cielo. Soropita se convence de que el amigo conoció en esa casa de citas a Doralda. Si no él, uno de su compañía, otros vaqueros como él. Aunque conocen los antecedentes de Soropita, los hombres que había pasado a la otra vida, él duda si hay uno que no lo respete. Si hay uno que sepa cómo era su mujer antes, si estuvo con ella, si se burlaría de él en silencio. Sospecha de todo, de su mujer incluso. Sospecha del amor. Un Otelito del sertón. Poseído, no es él mismo. Y jura cobrar venganza. Porque eso hacen los hombres que no tienen más que su nombre y lo que han logrado con su trabajo. La novela es una calle en pendiente, y justo antes de la desembocadura se detiene, respira, y termina. Estaba obligado a demostrar su honor. Pero no hizo falta.

En *Noches del Sertón*, por un lado están los hombres, y por el otro las mujeres, nunca habitan el mismo mundo, ni en el trabajo físico ni en el lenguaje. Los hombres aspiran a estar cerca de ellas, porque de ellos es el balbuceo, la aproximación a lo que quieren decir, pero no a la manifestación de ello mismo. La palabra pertenece a otra parte, a un lado secreto. La palabra será como el territorio mismo, el de los Gerais, el sertón, que es el personaje central de la estética de Guimarães.

El territorio es lengua y poema. El lenguaje particular de los habitantes, el clima, los pájaros, las distintas especies de ganado, los árboles. La flora y fauna, los vientos de mañana, de tarde, de mayo, de agosto. Particularidades tales que no hay evocación: hay un cuadro nítido en la cabeza. La imagen corresponde a la imaginación. La visión narrativa corresponde a un microscopio: el *zoom* a la flor, a la palmera, al bicho, a la densidad del terraplén. Al vaquero, a la muchacha casadera, al hombre mayor.

La segunda novela, *Palmera*, está dedicada a la exploración del deseo. Don Liodoro, dueño de la hacienda enorme Buriti Bom, se hace cargo de su nuera quien había sido abandonada por su hijo, ante el estupor del narrador, puesto que la mujer es hermosa, sofisticada, citadina, casi una aparición religiosa, dice; y a su vez, es padre de dos hijas, una muy hermosa y la otra muy fea. Hasta ahí el argumento de cuento de hadas clásico. El príncipe será Miguel, un vaquero que va a vacunar al ganado y termina enamorado de Gloria, la hija guapa, quien también le corresponde. Lo no dicho será fundamental como en la mayoría de los personajes masculinos de Guimarães: decir una cosa y callar la otra, no mostrar el verdadero rostro, el cuerpo, mostrar apenas con la palabra la punta de lo que se quiere decir. No por nada las historias parecen entredichas, mal entendidas, mal interpretadas. Como se comunica la gente en el campo: con dichos y metáforas relacionados a los animales, al clima, a la naturaleza, a lo que se sospecha comunicable. Justo la naturaleza del sertón enmarca las varias historias cruzadas de deseo, impotencia sexual, manifestación erótica prohibida (sexo fuera del matrimonio o de la esfera patriarcal). Las mujeres protegidas, dentro del espacio de la casa, demostrarán iniciativa para ir en busca de su propia conciencia, lenguaje y expresión erótica.